

EL TERRITORIO DE LAS HISTORIAS

Claro García



Amar la tierra es amar las historias que la habitan. Además de montes, ríos, páramos y bosques, León se define por el particular paisaje de sus historias. No hay satélite que pueda fotografiar con precisión esa extraña geografía leonesa dibujada por narraciones que limitan al norte, al sur, al este y al oeste, con nuestra propia forma de ser. Somos lo que narramos. Somos carne, hueso e historias. Todos nuestros recuerdos están hechos de ellas al igual que nuestros padres, amigos y hermanos. Las historias, o la falta de ellas, conforman nuestro olvido, nuestros pueblos abandonados y nuestros muertos, porque la vida, el hecho de vivir, se resume probablemente en eso: en alguien que todavía es capaz de contar una historia.

Nuestras historias nos definen y nos contienen, igual que nuestra gastronomía, la arquitectura, el habla, o ese paisaje que se desdibuja en azules, rojos y ocre hacia el Teleno. Son ellas, cambiantes como esos colores, las que hablan por nosotros. Les pertenecemos. Resulta pretencioso pensar que nosotros las narramos porque ellas, las historias, son las que en verdad nos narran convirtiéndonos en personajes. Hablan de ti y de mí, hablan por nosotros, y nos inventan, nos cambian, nos construyen y nos distinguen. Viviremos para siempre en la que una vez nos contaron de niños y que no tiene fin porque, contándola, hemos pasado a formar parte de ella transformándonos en actores de una saga invisible que transita por las calles de la ciudad construyendo una colosal narración en la que estamos incluidos porque todos somos protagonistas.

Sigo viviendo en las antiguas historias de Astorga que, naturales y cotidianas, crearon un espacio mágico en el que reinaba la imaginación y convirtieron

la ciudad en un género de la ficción que, al igual que ella, posee argumento, escenarios y personajes.

El principal argumento de Astorga es la propia ciudad. Todas las historias en el fondo son una sola, y nuestra historia, coral y conjunta, nos ha hecho crecer, cambiar y ser lo que somos. Astorga se cuenta a sí misma comprimiendo el tiempo y dándole una forma circular en la que el planteamiento pasa a ser desenlace y en el que el principio contiene también su final. Como todas las grandes historias, la de Astorga trasciende el espacio y el tiempo y se sitúa en un espacio imaginario donde lo fantástico acontece a diario. El realismo mágico de García Márquez corría en paralelo a las narraciones que oí de niño y que años más tarde reproduje con los amigos en largas tertulias, estilizándolas, puliendo las aristas para hacerlas más redondas, reinventándolas. Los protagonistas de aquellas historias eran vecinos, familiares, gentes de la ciudad y de la comarca. Todos los géneros estaban representados: la tragedia, la comedia, el drama, el melodrama, el thriller... Desde un crimen en un pueblo perdido, al descubrimiento de un tesoro; desde las ansias de una viejecita que quería ser paracaidista, a las aventuras de un peculiar fantasma que habitaba en una panadería. Todas las historias eran Astorga y la clarificaban, la animaban, la definían y la agigantaban. A lo largo de estos años, los astorganos nos hemos contado unos a otros hasta componer un colosal mosaico de sucesos con nombre propio que acontecieron en calles y en rincones reconocibles.

La gran historia de Astorga somos nosotros; narradores y, a la vez, narrados. Tardé en comprender que las historias están más cerca de lo que uno cree, que las más pequeñas pueden ser las más grandes, y que



las vividas y oídas aquí en aquellos años eran gigantes, valiosas y universales porque nosotros estamos en ellas contándonos a nosotros mismos.

En la gran aventura coral de Astorga, en ese fenomenal puzzle que constituye también nuestro patrimonio, desembocaron afluentes nacidos en lugares remotos que la dotaron de un vigor refrescante y que la hicieron más nuestra. Gracias al Cine, a la Televisión, a la Prensa y a los Tebeos, las historias autóctonas se mezclaron con otras inventadas por escritores, cineastas y guionistas. Las aventuras de familiares y vecinos se fusionaron con sorprendente naturalidad con las protagonizadas por los héroes del *cómic* y las estrellas de las películas. Los paisajes del *western* convivían con el Postigo, la Brecha, la Muralla o el Jardín, y poseían, además, la misma categoría. Por las puertas mágicas de mi Astorga infantil penetraron mundos extraordinarios que convivían maravillosamente con el nuestro. Realidad y ficción adquirieron tintes mulatos, heterogéneos. Las puertas mágicas se llamaban Asturic, Tagarro, Gullón, Capitol y Velasco. Cines. En ellos conocí a John Wayne, Errol Flynn, Gary Cooper, Marilyn Monroe, Pepe Isbert, Tony Leblanc... Mientras nevaba en las calles; mientras la vida se enroscaba en las infinitas espirales de la singularidad astorgana, yo anhelaba que llegase el fin de semana para ser pirata en los Mares del Sur, atravesar territorio indio, poner las carretas en círculo, batirme en interminables duelos a espada o vivir en primera persona la caída del Imperio romano. Mis protagonistas locales se hermanaron con las estrellas de Hollywood y crearon ese territorio mágico en el que todo era posible y en el que la vida se ensanchaba añadiendo posibilidades, multiplicándolas, sorprendiendo. Lo local adquirió para mí categoría de universal y,

a la vez, héroes internacionales como Wayne, Kirk Douglas o James Stewart, y estrellas nacionales como Landa y Fernán Gómez, se instalaron en Astorga y se convirtieron en vecinos y amigos. Los confines del mundo se hicieron locales. El universo entero era una comarca. Y viceversa.

Astorga era, y para mí lo sigue siendo, un gran personaje construido entre todos nosotros, un territorio imaginado, fértil e infinito. Las historias también son el lugar donde ocurren, y mis historias reales acontecían en el Jardín, en la Muralla, en el Bastión, en la Eragudina... pero donde de verdad sucedían era en el Caribe, en la Isla del Tesoro, en la selva africana o en el salvaje Oeste. El Jerga tenía la categoría del Río Grande; las planicies maragatas fueron las praderas de Oregón, y cuando años atrás pisé la selva de México, no puede evitar recordar las veces que en la Eragudina habíamos jugado a estar perdidos en aquella espesura. Paisajes convertidos en sueños por la luz del cine.

Todas las historias son reales porque son inventadas. Se sobreviven a sí mismas y nos envían luz, vida y calor. Son nuestra memoria. Riegan la tierra como pequeños ríos y nos mantienen vivos. Sigo recordando el puesto de tebeos en la Plaza, frente al Ayuntamiento, donde conocí al Capitán Trueno, al Jabato, a Mortadelo y Filemón... Aquel "puesto" fue mi particular Biblioteca Nacional, mi empujón literario, mi otro almacén de sueños, mi descubrimiento de palabras. Y, sobre todo, el vértigo y la fascinación de ver los primeros diálogos escritos. Mi niñez se construyó con aquellas historias, y muchas de ellas tienen que ver con las que después escribí profesionalmente. O quizás ellas me escribieron a mí.



En Astorga las historias nos quieren y nos comprenden. Las historias somos nosotros. Si desaparecen, desapareceremos con ellas y se desvanecerá la ciudad que existió en nuestra imaginación. Hoy, un siglo después, escribo historias de cine, y lo hago con palabras. Todo proviene de allí. Uno imagina lo que ya ha vivido. Y todo vuelve a empezar. Estoy convencido de que lo que he escrito y lo que aún me queda por escribir estaba ya presentes en aquellos años de Astorga.

Mi patria son las historias. Escribo lo que sueño, y sueño lo mismo que veo. Narrar es vivir para siempre y, si no narramos, si no inventamos historias, estoy convencido de que el fuego se apagará para siempre y sobre el Teleno se pondrá un sol negro y la Tierra dejará de girar y vagaremos eternamente, sin rumbo, incapaces de reconocernos.

Aspiro a narrarnos más y mejor. Narrando (narrándonos), convertimos el mundo en un pañuelo y descubrimos nuestra propia esencia. La de Astorga. La del universo. La que está hecha de días, de magia y de historias. La que está hecha de nosotros mismos.

Claro García

Escritor y guionista, Claro García ha desarrollado su carrera profesional en el cine, la televisión, la radio y la publicidad. Es autor de dos novelas. En 2015 consiguió el Goya al Mejor Guión Adaptado por *Mortadelo y Filemón contra Jimmy el Cachondo*.

Fotografías: ranommanfotho (Andrés Palmero)